

RESEÑAS

Secretos del Fénix o la conciencia erótica

Saturnino Valladares. *Segredos da Fênix/Secretos del Fénix.* **Manaos, Valer Edidtores, 2017.**

Celso Medina

medinacelso@gmail.com



Envúlrame
Saturnnino Valladares

En el ser humano hay dos conciencias claves: la conciencia de la muerte y la conciencia erótica. Gracias a ellas el hombre se sabe habitante de una patria crucial, la patria del cuerpo. Por ello somos seres para la muerte (Heidegger) y seres para eros. Según George Bataille (1981) el erotismo es lo que nos hace humanos:

Efectivamente, el hombre, al que la conciencia de la muerte opone al animal, también se aleja de éste en la medida en que el erotismo, en él, sustituye por un juego voluntario, por un cálculo, el del placer, el ciego instinto de los órganos.

Estas dos conciencias parecieran estar presentes en *Secretos de Fénix*, poemario de Saturnino Valladares, publicado en el año 2017, por la editorial Valer, de Manaos (Brasil), en español y portugués.

Escritor español (gallego, nacido en Lugo, 1978), Valladares es licenciado en filología hispánica por la Universidad de Santiago de Compostela. Fue director de *Evohé* (2008-09), la revista cultural de esa misma universidad. Estudioso de los poetas gallegos, entre ellos de José Ángel Valente y Claudio Rodríguez Fer. Es autor de tres poemarios: *Las almendras amargas* (Scio, 2000), *Cenizas* (Scio, 2005) y de *Secretos del Fénix* (publicado por primera vez por Celya, en el año 2010). Actualmente reside en Manaos

y es profesor e investigador de la Universidad Federal de Amazonas.

El poema de único verso (Envúlvame, p. 36) que sirve de epígrafe a esta reseña, y que pudiera ganarle en eficacia a cualquier hai-kú, parece resumir y sintetizar el ideario poético de este libro. Alrededor de ese austero y concentrado poema desfila un complejo de imágenes sensuales directas, que da cuenta de un sistema erótico, que recorre el cuerpo con impúdica transparencia y actúa como centro de otro gran sistema: el sistema cósmico.

El amor, la muerte y el cosmos son las grandes columnas temáticas que sostienen este poemario, organizado en tres capítulos, cada uno de los cuales glosa la geografía del cuerpo, sin ahorrarse detalles. Para servir de pasarela a esos tres grandes temas, Valladares recurre al mito del Fénix. Su obra se acompaña del poema del escritor español (gallego, como Valladares) José Ángel Valente, en el que se leen estos dos breves versos: “Vio la llama/conoció la llamada”. Fundir el sentido del fuego con el “llamamiento” es una acción que tiene trascendencia. El fuego que convoca es el que ilumina, no el que quema. Es el Fénix que resucita con el amor, que hace de la muerte un paso de continuidad hacia la vida. Juan Eduardo Cirlot (2005) nos cuenta la historia de ese personaje:

La leyenda dice que cuando veía cercano su fin, formaba un nido de maderas y resinas aromáticas, que exponía a los rayos del sol para que ardieran y en cuyas llamas se consumía (Diccionario de Símbolos. Madrid: Editorial Siruela, p.209).

Como un correlato, ese mito circulará por todo este poemario. El doble sentido (llamear y llamar) que sugiere Valente orbitará por la mayoría de estos textos. Y también será notable el influjo de la poesía sensualista de otro poeta gallego, Claudio Rodríguez Fer. Ese texto, altamente sintético, que referimos anteriormente, es claramente un homenaje al autor de *Vulva*¹.

El capítulo I abre con el poema “Patria”, donde se define un espacio capital: el cuerpo. Allí se cuenta:

Caminé de tierra en tierra, buscándote,
arrancando gemidos a las piedras,
incendiando el río en sus orillas,
mordiéndolo el musgo azul de los árboles.

Luego se dirá: “Yo no tengo más patria que tu cuerpo”. El cuerpo es la patria, que se recorre como quien explora el cosmos. En una aventura de goce, se procura un viaje infinito, donde cada detalle de esa geografía sensual arda y viva.

¹ *Vulva* está formado por cinco libros de poemas que Claudio Rodríguez Fer escribió en Galicia, y en lengua gallega, desde 1973 a 1987. Véase S. Valladares: “La Galicia erótica de Claudio Rodríguez Fer”. Entreletras, N° 9. Enero-junio de 2021. pp. 125-129

El amor encarna en un Fénix que arde con una llama vivificadora. La conciencia es una máquina de placer que metamorfosea la naturaleza. Los amantes serán los esplendorosos héroes que experimentan al extremo esas transformaciones. La voz lírica afirma:

Eres un animal recién nacido,
chorreando la íntima luz
de las mareas,
derramando, salpicando,
go
te
an
do

En ese festival de los elementos, el agua hace engendrar en el fuego una vida siempre renovada. El cuerpo se expande aromatizado por resinas parecidas a las que preparaba el Fénix. Los amantes se funden y sus manos son yescas que incendian (prenden) los placeres. El fuego no quema, ilumina. El agua genera una plácido degustar de los humores, hace que los amantes vivan un diluvio gozoso, van en búsqueda de un espacio en que sumergirse, para absorber el magma vital. Y con Bataille, parecen estar convencidos de que “El único medio de acercarse a la verdad del erotismo es el estremecimiento”:

Amanece conmigo, repites
mientras mi lengua lame la saliva,
la lluvia que tiembla en la boca.

La humedad de tus ojos jadeantes
apaga las estrellas de la noche.
amaneces
en la extensión de mi cuerpo.

Esa boca es manantial; su agua es la saliva trocada en lluvia. Es agua surgida de los cuerpos, de los avatares del amor. Aquí el Fénix experimenta otra metamorfosis: es unidad cósmica, donde confluyen el amor, la muerte y el infinito.

El amor suele aparecer aquí como un viaje sobre una cornisa de profunda pendiente. De modo que siempre ronda en él la angustia por la existencia de aquello que lo niega. Así no solo la saliva humedece; también la lágrima toca la puerta del cuerpo. Como en alguna parte lo describiera Freud, el coito se constituye en una corta muerte. Testimonio de eso son estos versos:

Una lágrima, después del amor,
sin gestos comunica su ternura,
su violencia proclama sin palabras,
y una espiral ardiente del deseo
por la boca deja el gusto pleno de la sed.

Porque existe la sed, porque los cuerpos se violentan para

intercambiarse los goces, porque el amor recorre umbrales de la muerte, los amantes están obligados a buscarse, como se buscan Salomón y la Sulamita, conjurando las ausencias, intentando saciar una sed infinita.

En las múltiples metamorfosis que ocurren en este poemario, observamos al Fénix convertirse en Ulises. Siguiendo la ruta freudiana, llama la atención cómo esa patria-cuerpo se sublimiza hasta el extremo de convertir a Ulises en Telémaco. El amante aventurero cuando regresa al cuerpo de su Penélope siente la presencia del hijo, cómodamente habitando la geografía de su amante:

El aliento de mi hijo
en tus pechos de madre y de mujer,

Alegría se asoma a la caricia,
llanto herido de fuego,
llanto que sin voz grita “basta, basta”.
leche espesa me azota la lengua,
llena la boca
de un calor delicado,
tierno, me siento niño amamantado,
gato recién parido,
tierra que sostiene un sauce llorón,
pájaro que tiembla al atardecer (p.26).

Ulises ocupa el lugar de Telémaco, recién nacido; degusta el alimento vivificador, para, desde el lugar del hijo, acceder a la dimensión de la amante-madre. Es el mismo amante quien dice:

Desnuda, eres la verdad de la vida
y la espiral quimera de la muerte.

Así en la vida como en la muerte,
no alejes tus pechos de mis labios.

Así, pues se pone de manifiesto la agónica tarea de amar. Es el trabajo cotidiano de un Fénix que muere porque no muere, como la gran Santa Teresa. El cuerpo es el espacio del permanente temblor, de la vida que renace por la fuerza que da el roce de las carnes abrasadas.

Todas esas corrientes que acarrea la agonía del placer van a dar al mar del cosmos. Por ello el amante confiesa:

Bebí de tu cintura
los pájaros silvestres,
su misterioso canto,
el temblor y la rama.

Bebí la primavera.

El cuerpo-patria se forja con los humores que emanan del lecho, y desde allí se torna cosmos:

Tú eres mi lecho,
Mi tierra,

Eres el vientre
Donde golpeo sin dejar de amar,
Porque amas este amor y lo guardas
Donde somos sin que puedan tocarnos

La geografía comienza con el cuerpo; va al cosmos y se devuelve a él, como altar donde se consagra la vida.

En este libro el cuerpo se incendia para abrirle caminos al deseo consciente: “La danza de los cuerpos/El lenguaje incendiando el amor” (p.40). Pero, ¿dónde está ese lecho? Está en el adentro y en el afuera. La figura del Fénix alimenta esa vocación de síntesis que se deriva del fuego. Un elemento rezuma el cosmos: las cenizas, esa “nada” desde donde todo resucitará. Por ello resulta altamente significativo el poema donde se juega con “La nada cenicienta”, en el que “Bajo tu boca laten las cenizas/del relámpago ardiente derramado”. Es la fusión y confusión del placer y el sacrificio: “Bajo tu boca laten las cenizas. /Son mis hijos. /La nada cenicienta”. Y también esa pequeña muerte de la que habla Freud. Allí el éxtasis es un rictus que coquetea sin pudor con la vida.

Llegamos a la lectura del capítulo II de este poemario observando una calma, donde el amante nos rememora al personaje lírico de la “Siesta del Fauno”, de Mallarmé. “Esas ninfas, quiero perpetuarlas”, dice en su famoso poema el autor francés. Aquí el personaje lírico quiere perpetuar la suma de estremecimientos, rememorando los instantes cuando el cosmos se refugiaba en el lecho de los amantes. Ahora el personaje lírico se dedica a oír los ecos del amor que fluyen en la naturaleza. La noche de los estremecimientos da lugar a la mañana de la serenidad:

Amanecí a la hora del amor
salpicado por cantos
de pájaros silvestre.

Estremecido, me incliné a sus lenguas
y tembló en mi boca
la dulzura del canto

Esta alba luminosa nos marca otra patria; ya no es la del cuerpo, sino la del cosmos, al que el personaje lírico se dedica a escuchar. Y este se torna un hermeneuta de las lenguas que se expresan en la naturaleza. El cuerpo-carne se metamorfosea en cuerpo-cosmos, cuerpo que se muestra con potente presencia en estos versos: “En su vulva solar y sus simientes, /respira la papaya/una espesura de árboles frutales”.

Ahora se registra el reposo. Se da cuenta de esa resaca del amor carnal, para recordar el placer en las voces de la tierra. La sed de ahora se sacia con la paz que permite esa perpetuación de la dicha a la que aspiraba el fauno mallarmeano. Por tal motivo dice:

El cuerpo del amor se abre a la tierra,
desciende licuado a la materia húmeda,

se agarra en el temblor a las raíces
del deseo y abre sus poros a la luz (p. 64).

Esa resaca amorosa volcada hacia el cosmos encuentra una arcadia: la Galicia latente y patente en mucha de la poesía gallega. El elemento agua ya no desemboca en el sudor del cuerpo de la amante. Es la propia tierra gallega la que suda:

Bahiana,
La lluvia desliza
Y lame
Tanto de mi Galicia en la mirada.

Y en el juego de las metamorfosis que recorre este poemario, contemplamos al personaje lírico convertido en Orfeo, paradójicamente ascendiendo a las profundidades, buscando en la naturaleza gallega el recuerdo de su estadía amorosa por el cuerpo de la amante. Por ello sigue al ave que lo conducirá a su arcadia anhelada:

Violentemente el ave
asciende a lo profundo
de la materia líquida.
atraviesa la lluvia,
los pétalos oscuros,
la luz que habita en la piel,
las aguas silenciosas.

Pero esa memoria es fértil porque es fugaz. Es como el “encarnado leve” que rememora el fauno mallarmeano, instantes después de haberse solazado con las ninfas. El cosmos entra por el cuerpo apenas rozando la piel, el cosmos salpica y se retira de inmediato para suscitar esos recuerdos, que llevaron al personaje mallarmeano a preguntarse: “¿Amaba yo un sueño?”. El personaje lírico de Valladares reporta ese cosmos como una sensación. Y en tal sentido, dice:

Salpicadura, latido carnal
y fresco, abandonada

delicadeza
en la precipitada
corriente
del arroyo.

Tan solo fugaz
permanece constatemente en la memoria.

El cosmos no existe sino en la latencia. La salpicadura expande frescor, pero es instantáneo que de inmediato se torna sueño. Y es, precisamente, allí en la geografía gallega donde el personaje lírico quiere desandar los pasos para fundir en un solo espacio el cuerpo de la amante y del cosmos. El Fénix se convierte en gemelo de Orfeo. Trae su llama aderezada de resinas para alumbrar el camino que le conducirá a su Eurídice.

Ya en la parte tercera este poemario se reafirma en sus afectos por el Fénix que resucita, impregnado de las aguas sagradas: la gota, la salpicadura, la saliva que humecta el cuerpo en el altar de los placeres. Los poemas son instantes por donde desfilan las afirmaciones del cosmos: “Como el mar, /estoy temblando/lento/en la frescura” (78). Una afirmación de cuya existencia se percata solo aquel que tiene plena conciencia de su conciencia erótica.

Referencias

Bataille, George (1981). *Las lágrimas de Eros*. Barcelona. Tusquet.

Cirlot, Juan Claudio (2005). *Diccionario de Símbolos*. Madrid: Editorial Siruela, p209).

Mallarmé, Stephan. “La siesta del fauno”. En *Poesía*. Traducción y prólogo de Federico Gorbea. Buenos Aires: Ediciones Librería Fausto. pp. 111-118.